

Modernidad, comunidad y asociatividad

Vicente Espinoza

SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación

Quiero presentar una reflexión sobre la sociabilidad desde el punto de vista de la estructura social. La presentación generaliza a partir de un estudio de redes sociales en las poblaciones de Santiago realizado en 1989 (Espinoza 1992). El enfoque de redes sociales es un tipo de análisis estructural basado en las relaciones establecidas entre los individuos de un grupo (Wellman 1988).

Sostengo que las pautas de sociabilidad vigentes en Chile son el resultado de la resistencia de la sociedad a la fuerza desintegradora del mercado y la presión atomizadora de un Estado autoritario. Las movilizaciones de protesta de mediados de los ochenta deben entenderse como resistencia social a subordinar la substancia de la sociedad a las leyes del mercado. Mi reflexión se emparenta con la de Polanyi (1957), quien analizara las consecuencias sociales de la implantación del libre mercado en Inglaterra durante los siglos diecisiete y dieciocho. Tal como él sugiere (Polanyi 1957), la defensa de la sociedad contra su desintegración nos empuja a explorar el significado de la vida social en una sociedad compleja.

El proceso de ajuste estructural de la economía chilena iniciado en la década del setenta buscaba equilibrar la economía, para establecer las condi-

ciones del crecimiento económico sostenido. Tales ajustes consistieron principalmente en una reconversión productiva por la apertura a los mercados externos, la reducción del gasto público acompañada de una redefinición del rol del Estado y el establecimiento del mercado como regulador de la asignación de recursos económicos. El empobrecimiento de gran parte de la población fue el resultado más notorio de las políticas de libre mercado; aun hoy, Chile tiene casi tres veces más hogares pobres que en 1970 (Cepal 1992).

La pobreza en que vive gran parte de la población lleva a preguntarse cómo tal desigualdad se expresa y procesa en la estructura social. Ciertamente, la pobreza es un problema antiguo en Chile. En el pasado, sin embargo, las clases medias eran el puente entre los pobres y los más pudientes: burócratas, políticos, profesores, trabajadores sociales, pequeños empresarios, dirigentes sindicales y toda la variada gama de la "clase media" constituían los lazos que vinculaban comunidades cerradas con los recursos sociales. Estas relaciones –"cuñas" o "pitutos"– ayudaban, por ejemplo, a hacer más expedita la tramitación de las jubilaciones, a avalar créditos, a proveer de trabajos.

El ajuste estructural de los setenta aplastó a las

clases medias tradicionales. Los grupos sociales que tomaron su lugar en la estratificación social ya no median entre ricos y pobres, sino que se especializan en servicios para los más pudientes. Por ello ya no juegan el rol integrador que tuvieron hace dos o tres décadas. Los pobres aparecen relegados a los pasajes de las poblaciones, mientras los que "les ha ido bien" exhiben costosos automóviles en pistas de alta velocidad.

Las políticas sociales del sector público buscaron, sobre todo, suavizar el impacto negativo de las políticas de ajuste antes que promover la integración de los pobres. Los pobres la ven dura tratando de mejorar su situación. La sociedad tiende a fragmentarse en una multitud de mecanismos de sobrevivencia, como una respuesta de la población pobre a las prácticas actuales del Estado (Sorj 1991, Roberts 1991). Gran parte del nuevo tejido social corresponde a procesos microsociales de sobrevivencia que van entretejidos con la organización social (Sorj 1991). Sorj (1991) argumenta que el tejido social generado en procesos microsociales de sobrevivencia afecta la gobernabilidad de las sociedades, ya que la fragmentación se proyecta, retroalimenta, imbrica y rearticula constantemente con toda forma de organización social (Sorj 1991, Mingione 1991). De aquí la relevancia del análisis microsocial de las redes sociales para comprender el funcionamiento global de la integración en estas sociedades.

En Chile, a diferencia de otros países latinoamericanos, las estrategias perversas de sobrevivencia, como el comercio callejero, mendicidad, mercado negro, tráfico de drogas o robos, no alcanzaron una implantación profunda en la estructura social. Claro que tampoco es tan simple como decir que todo ha vuelto a ser normal. Después de largos años de desempleo, los trabajadores no volvieron a sus antiguos lugares de trabajo. Trabajos inestables y desregulación de las relaciones laborales asalariadas constituyen características del empleo entre los pobres, en lo que parece ser un rasgo estructural del modelo de desarrollo (Díaz 1991). La desprotección de los trabajadores produce la entrada de modalidades de producir en el dominio de la reproducción (en palabras de Félix Guattari [1989], el capitalismo mundial integrado capta de

todos los modos de actividad, incluso más allá del trabajo económico... utilizando toda la potencia maquínica de las sociedades). Así, el mundo del trabajo se hace presente en territorios anteriormente de habitación.

Otra área de cercanía entre las prácticas reproductivas y productivas es ofrecida por la integración y distribución de los recursos al interior de redes familiares o vecinales. Algunos ejemplos son la manutención de los cesantes, el cuidado de los niños de las mujeres trabajadoras pagadas, los intercambios de herramientas, insumos o dinero con fines productivos. Todas estas prácticas, que permiten la reproducción de los trabajadores y que se designan como "estrategias familiares de subsistencia", ya no son patrimonio de la "sobrepoblación relativa" y no pueden ser asociadas exclusivamente con la pobreza (Mingione 1991). Estas prácticas cotidianas de sobrevivencia son parte sustancial de la vida diaria en las poblaciones de Santiago.

La organización de la vida cotidiana en las poblaciones revela una estructura social caracterizada por núcleos de reproducción de entre tres y seis familias nucleares relacionadas entre sí por el intercambio de recursos de subsistencia (Espinoza 1992). La pobreza no tiene como traducción directa la reconstitución de hogares o familias extensas, pues las redes de ayuda familiar vinculan unidades residenciales diferenciadas entre sí. Aunque una federación de familias nucleares pudiera concebirse como una forma de familia extensa, las relaciones de parentesco no son la base de las relaciones entre sus miembros. El territorio común del vecindario ofrece la oportunidad básica para la formación de relaciones entre familias no necesariamente emparentadas entre sí.

El territorio de una red social reproductiva en las poblaciones de Santiago es sumamente pequeño. La red habitualmente alcanza sólo un par de cuadras alrededor de la vivienda y, como una regla, el grueso de sus miembros pertenece al "pasaje" en el cual se encuentra la vivienda. En cada uno de estos pasajes, que cuentan entre 25 y 32 domicilios, pueden operar varias redes simultáneamente, aunque rara vez comparten sus miembros. Estos grupos informales aparecen a veces

como una organización formal de pocos miembros; en un barrio parecido, 32 por ciento de las organizaciones tenía diez o menos miembros (Guerra 1991).

El pasaje es el espacio del vecindario por excelencia: los vecinos se conocen, se encuentran todos los días, sus niños juegan en el pasaje, la gente se instala a mirar por las ventanas. En estos pasajes se establecen las relaciones sociales que cimentan la vida social de la población. La vida de pasaje es evidente para cualquiera que se asome por una población; los hay plenos de actividad social, los hay cerrados al estilo "condominio", los hay pintados por los jóvenes, los hay mejorados o embellecidos por iniciativa de los vecinos.¹ (Por eso las organizaciones "por manzana" terminan invariablemente en un fracaso; el espacio social de las viviendas son las calles, y no las manzanas, como puede suponerse al revisar un plano).

Estas redes de los pobladores no corresponde exactamente con la así denominada "economía de la solidaridad" (Razeto 1990, Friedmann & Salguero 1989). Extrañamente, mientras una parte de la realidad parece mostrar signos de fuerte integración comunitaria, como se espera en una economía solidaria, la otra muestra atomización. En efecto, se trata de redes entre personas que se conocen desde que la población se fundara, y aun antes; tienen una interacción diaria, viven cerca, se visitan y se consideran buenos amigos entre sí (Espinoza 1992, Hardy 1985, 1987). No obstante, las redes de subsistencia comprenden un grupo pequeño de personas, se establecen en territorios muy reducidos, y rara vez establecen relaciones entre ellas (Espinoza 1992, Campero 1987).

La paradoja de que los lazos fuertes no favorecen la integración social fue argumentada hace dos décadas por Mark Granovetter (1973). El establecimiento de lazos fuertes con otras personas reduce la posibilidad de ampliar el número y la variedad de los contactos. Los lazos débiles, por el contrario,

permiten mantener un número grande y variado de contactos. Las comunidades de lazos fuertes son, en verdad, un conjunto de pequeños círculos homogéneos, estrechamente vinculados en su interior, pero con escasa conexión hacia otros ámbitos, incluso con otros círculos en la misma población. Así puede entenderse que durante la época de las protestas tomaran cuerpo entre los vecinos rumores del tipo "que otro pasaje les atacaría". Ello sólo puede ocurrir por la ausencia de comunicación entre un pasaje y otro; lo desconocido se vuelve amenazante y los que se conocen se encierran en sí mismos para protegerse.

El descubrimiento básico de la investigación que reseño es éste: la molécula básica de integración social son redes sociales que operan como una federación de familias nucleares. Esto indica que el "punto sólido" donde se detiene la atomización social no son los individuos, ni siquiera la familia, sino esta red social de diferentes familias. Puesto de una forma negativa: la desintegración que producen el autoritarismo y el mercado no llega tan lejos como para destruir la familia, ni siquiera las relaciones de vecindad entre familias. El resultado del ajuste estructural y la pobreza no es la reconstitución de la familia extensa, como tampoco la desintegración familiar en una masa anómica de individuos.

La imagen de integración social en las poblaciones parece mostrar una serie de pequeños grupos fuertemente integrados entre sí, pero desvinculados de otros grupos de similares características. La imagen de un rompecabezas parece adecuada: las pequeñas unidades están ensambladas entre sí, pero una leve presión externa puede dejar cada grupo reducido a sí mismo. Los lazos débiles conectan un grupo con otro, ya sea de forma horizontal, o verticalmente, a través de un mediador. La unidad de los pequeños grupos se teje por medio de lazos débiles.

Los lazos débiles que conectan estas moléculas entre sí no tienen una integración sistemática en las estrategias de sobrevivencia; los lazos débiles son un recurso sumamente escaso entre los pobres. El mercado de trabajo reúne los lazos débiles más típicos entre los pobladores. Idealmente, ellos deberían ofrecer oportunidades de movilidad social

1. Gabriel Salazar sugiere que los antecedentes de esta vida de pasaje pueden remontarse hasta el "cité", típico de la vivienda social a principios del siglo veinte (comunicación personal).

ascendente que favorezcan la integración social. Estos contactos pueden calificarse como débiles en un contexto de lazos fuertes. Los mercados de trabajo dominados por lazos fuertes ofrecen pocas oportunidades de movilidad social; aunque ofrecen trabajos, toleran pocos cambios en las jerarquías. La reorganización de las relaciones de clientela laboral son riesgosos para todos los miembros de las cuadrillas, porque habitualmente marcan el fin de estas asociaciones. Así, entre los pobladores, la búsqueda de trabajo es todavía otro mecanismo de sobrevivencia antes que una verdadera oportunidad de movilidad social.

ASOCIATIVIDAD Y CIUDADANÍA

Los lazos fuertes entre vecinos producen una alta integración interna. Estos pequeños círculos ayudaron a la sociedad a sobrevivir a través de las crisis políticas y económicas. Los intensos intercambios de recursos entre vecinos de los pasajes permitió a los pobres resistir el impacto de las políticas de libre mercado. Estos lazos fuertes, sin embargo, no ofrecen muchas oportunidades de movilidad social o participación en la toma de decisiones.

Las oportunidades de romper el círculo de la pobreza y lograr una integración parecen depender de factores que están fuera del alcance de los pobladores. Las estrategias de los pobladores pertenecen aún al mundo privado, desde donde no pueden emerger una personalidad colectiva, ya que los círculos privados no tienen referencia con respecto a otros grupos sociales. La cuestión de la ciudadanía aparece entonces vinculada a la ruptura de los lazos fuertes que atrapan la energía de los pobladores. Si los pobladores encuentran el camino o las políticas públicas abren el espacio, será posible para los pobladores abrir los límites de la comunidad hacia la ciudadanía.

REFERENCIAS

- Campero, Guillermo
1987 *Pobladores. Entre la sobrevivencia y la acción política*. Santiago: ILET.
- CEPAL
1992 *El perfil de la pobreza en América Latina a comienzos de los años 90*. Documento preparado por la División de Estadísticas y Proyecciones para la Tercera Conferencia Regional sobre Pobreza (LC/L.716 Conf. 82/6). Santiago: Naciones Unidas.
- Díaz, Alvaro
1991 "Nuevas tendencias en la estructura social chilena. Asalarización informal y pobreza en los ochenta". *Proposiciones* 20:88-119. Santiago, Chile.
- Espinoza, Vicente
1992 "Networks of informal economy: work and community among Santiago's urban poor". *Ph.D. Thesis*. Department of Sociology, University of Toronto.
- Friedmann, John and Mauricio Salguero
1988 "The barrio economy and collective self-empowerment in Latin-America: A framework and agenda for research." Pp. 3-37 in *Power, community and the city*. Edited by Michael Peter Smith. New Jersey: Transaction, Inc.
- Granovetter, Mark S.
1973 "The strength of weak ties." *American Journal of Sociology* 78 (6):1360-80.
- Guattari, Félix
1989 "El capitalismo mundial integrado y la revolución molecular". En *Cartografías del deseo*. Santiago: Francisco Zegers Editor.
- Guerra Rodríguez, Carlos
1991 "Las organizaciones sociales poblacionales: un recurso para la aplicación de políticas públicas". *Tesis* Instituto de Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Magister en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente.
- Hardy, Clarisa
1985 "Caracterización de la marginalidad popular. Escenario constitutivo de nuevos actores." *Coyuntura Económica* 11. Santiago: PET.
- 1987 *Organizarse para vivir. Pobreza urbana y organización popular*. Santiago: PET.
- Mingione, Enzo
1991 *Fragmented societies. A sociology of economic life beyond the market paradigm*. Oxford, UK: Basil Blackwell.

- Polanyi, Karl
1957 *The great transformation. The political and economic origins of our time.* Beacon Hill, Boston: Beacon Press.
- Razeto, Luis
1990 *Economía popular de solidaridad. Identidad y proyecto en una visión integradora.* Santiago: Area Pastoral Social de la Conferencia Episcopal de Chile.
- Roberts, Bryan
1991 "Household coping strategies and urban poverty in a comparative perspective". Pp. 135-68 in *Urban life in transition*, edited by M. Gottdiener and Chris Pickvance. Newbury Park, CA: Sage.
- Sorj, Bernardo
1991 "Crisis social y crisis de las ciencias sociales en Brasil". *Revista Mexicana de Sociología* 1/ 91:107-20.
- Wellman, Barry
1988 "Structural analysis: From method and metaphor to theory and substance." Pp. 19-61 in *Social structures: A network approach*. Edited by Barry Wellman and S.D. Berkowitz. Cambridge: Cambridge University Press.